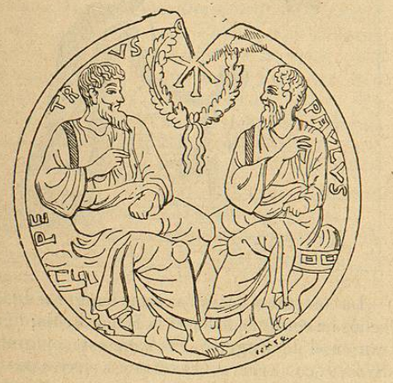
seña (véase Bottari, XVI); ó bien la mano, saliendo sola de debajo de la capa, que cubre todo el antebrazo, está dispuesta como para la bendición latina, lo que fué primero un gesto oratorio, propio de aquellos que se disponían á hablar y reclamaban de este modo el silencio (véase el artículo *Bendecir*).

2.° *Vestidos.* Sin hablar de la túnica, vestido que, cubriendo inmediatamente el cuerpo y exigido por la decencia, era común á todos y se llevaba más largo ó más corto, según las circunstancias, los Apóstoles se nos presentan unas veces envueltos en el *pallium*, otras cubiertos con una especie de capa que los Romanos llamaban *lacerna*, y que, abierta por delante, se fijaba sobre el pecho con un broche; ya, por último, con la *penula* (véase esta palabra), vestido usado, sobre todo en los viajes, para preservarse del frío y de la lluvia. Las pinturas, mosáicos y esculturas nos ofrecen á los Apóstoles invariablemente con el traje llamado filosófico, es decir, con el *pallium* sobre la túnica, exactamente según lo que se ha dicho de San Pedro en el libro de los *Reconocimientos* (VII, 6): *Indumentum hoc est mihi quod vides, tunica cum pallio.* Lo mismo sucede en los vasos dorados, siempre que están en ellos representados ejerciendo sus funciones de pie ó sentados. He aquí un ejemplo, que facilita uno de los más fieles y más bellísimos tipos de los dos Apóstoles (Garrucci. *Vetri*, XV, 4). Pero cuando únicamente se ven en busto (Ga-



rrucci, tav. X, XII, XIII, XIV, etc.), llevan casi siempre la *lacerna*, ó quizás el *orarium*, adornado por delante con un broche más ó menos lujoso (véanse los dos Apóstoles adornados con el *orarium*, en esta palabra). Es indudable que los Apóstoles usaban con frecuencia la *penula;* esta clase de vestido les era necesaria para los numerosos viajes exigidos por los trabajos del apostolado. San Pablo suplicaba á Timoteo (2. Tim., IV, 13) que le trajese la suya, que había dejado en Troada, y Tertuliano (*De corona milit.*, VII) dice, hablando del vestido de este Apóstol: *Habebat etiam penulam Paulus.* No conocemos, sin embargo, más que un solo monumento donde San Pedro y San Pablo estén vestidos con la *penula:* es un fondo de copa publicado por Buonarruoti (tav. XVI, 2) y que ya hemos citado más arriba. Allí se ven sentados en una especie de ancha silla, con San Lorenzo en medio de ellos. Como una piadosa creencia muy extendida en la primitiva Iglesia, suponía que nuestros dos Apóstoles estaban encargados de acompañar á los mártires á la mansión de los bienaventurados, se ha creído que la *penula* que llevan aquí los tres personajes, encerraba una alusión al viaje del cielo felizmente realizado por el santo diácono bajo la dirección de estos venerables guías. Los Apóstoles están ordinariamente calzados con sandalias, pero con mucha frecuencia tienen los pies desnudos (véase el artículo *Vestidos de los Apóstoles y de los primeros cristianos*).

IV. *Atributos particulares de cada uno de los dos Apóstoles.*

1. *Atributos de San Pedro.* Todos son afirmativos de su preeminencia sobre los demás Apóstoles.

Así: 1.°, numerosos monumentos, pinturas, mosáicos, esculturas, nos lo muestran con las llaves en la mano ó en el acto mismo de recibirlas del Divino Maestro (véase el artículo *Llaves de San Pedro*); es una traducción figurada de las promesas hechas por el Salvador á aquel que nombraba jefe de sus Apóstoles y de su Iglesia: *Tibi dabo claves regni cœlorum* (Math., XV, 19).

2.° Se sabe que queriendo nuestro Salvador prepararse á sus padecimientos con un ejemplo de humildad, lavó los pies de sus Apóstoles (Joan., XIII, 5). Además, cuando este hecho se halla representado en nuestros monumentos antiguos, está sólo San Pedro puesto en escena (véase el artículo *Pasión de Nuestro Señor*). Un sarcófago de Arlés lo presenta manifestando, por su gesto y por la animación de su rostro, su admiración y su confusión, como en el texto sagrado: «¡Vos, Señor, lavarme á mí los pies!» *¡Domine, tu mihi lavas pedes!* (Joan., XIII, 6. — Véase el grabado del artículo *Abluciones*, pág. 4).

3.° Si está representado con San Pablo, por ejemplo, en los fondos de copa, con frecuencia el artista lo distingue por alguna señal particular destinada á demostrar que, aunque colegas en el apostolado, San Pedro y San Pablo no son iguales. Cuando están figurados en busto (véase Bottari, tav. CXCVII), vestidos uno y otro con la *lacerna*, vestido que es liso para San Pablo, está adornado en San Pedro con un bordado de perlas ó de *caliculæ* alrededor del cuello; cuando están sentados (véase Boldetti, pág. 197, n. 8), San Pedro ocupa una cátedra con espaldar, mientras que San Pablo sólo tiene un simple banco ó *subsellium.* Y en general, cuando aparecen con-

versando juntos (Garrucci. *Vetri.*, IX, V, 2), San Pedro hace ordinariamente un gesto de alocución, ó presenta, con aire imperioso, un volumen á su interlocutor; éste, por el contrario, escucha con atención y hace con la mano un signo de adhesión ó se apoya en el volumen que tiene sobre sus rodillas.

Si San Pedro está representado con todos los demás Apóstoles, como en el mosáico del bautisterio de Rávena (Ciampini. *Vet. mon.*, I, pág. 234), además del emblema característico de las llaves, tiene la cabeza cubierta con una especie de tiara, mientras que todos los demás la tienen desnuda; esta circunstancia, á nuestros ojos muy importante, y que nadie, á nuestro juicio al menos, había observado hasta aquí, puede comprobarla el lector por sí mismo por medio del grabado que ponemos á su vista. En una de las ampollas de Monza (Mozzoni, VII, página 84, B.), cuyo disco está adornado con los bustos de los doce Apóstoles, San Pedro, á la derecha del Salvador, lleva una corona radiada que le distingue de sus compañeros en el apostolado. Una pintura de *arcosolium* del cementerio de Calixto (Marangoni, *Act.* V, página 40), que representa á Nuestro Señor enseñando á sus Apóstoles, ofrece, al lado del Salvador, que tiene el nimbo, á San Pedro con aureola igualmente, siendo el único de los doce Apóstoles con este distintivo. En los bajos relieves, los mosáicos y en otras partes, cuantas veces Nuestro Señor, en medio de sus discípulos queridos, les confiere sus poderes, invariablemente es á San Pedro á quien entrega el volumen desenrollado, símbolo del soberano poder de enseñar y dirigir que le está confiado, no sólo sobre los *corderos*, sino también sobre las *ovejas* (véase Bosio, *Sarcoph.*, passim). En otra parte, siempre sobre los sarcófagos, el Divino Maestro, de pastor, rodeado de sus doce Apóstoles y de doce ovejas colocadas al pie de cada uno de ellos, acaricia tiernamente con la mano á una oveja mayor que las otras, y que corresponde exactamente al Príncipe de los Apóstoles (Bottari, CXXXI).

4.° Pero he aquí un dato todavía más importante para confirmar la creencia de los siglos primitivos en la primacía de San Pedro. Moisés, jefe de la Iglesia judaica y legislador de los Hebreos, era la figura de Pedro, vicario de Jesucristo y jefe visible de la Iglesia cristiana; ó mejor dicho, el segundo no era más que el continuador del primero, como el nuevo Testamento era el complemento del antiguo. Esto era una verdad de tradición constante y vulgar entre los primeros cristianos, y que estaba explicada con frecuencia en la doctrina de los Padres (véase el artículo *Moisés*). Tal es el origen de las innumerables reproducciones de la figura de Moisés en los monumentos cristianos. Y estas representaciones lo figuran casi siempre con el rasgo que constituye la más viva semejanza entre el papel del Moisés antiguo y el del Moisés nuevo, es decir, el acto de golpear la roca de Oreb. Aquí, en efecto, la relación no es arbitraria, sino que está indicada por el mismo San Pablo (1 *Cor.*, X, 4): «Los Israelitas bebían el agua que brotaba de la piedra, y esta piedra era Jesucristo», *petra autem erat Christus.* Moisés hace brotar de la roca un agua que contiene la sed de los Hebreos; Pedro hace saltar de la verdadera roca «que es Cristo», el misterioso manantial de la gracia, que llega á los fieles por medio de los sacramentos. Una pintura verdaderamente maravillosa, descubierta hace poco en una cripta del cementerio de San Calixto, que se ha llamado la *Cámara de los Sacramentos*, desarrolla á nuestros ojos esta doctrina en una serie de cuadros artísticamente dispuestos. En primer lugar se ve á Moisés, ó mas bien á San Pedro, tocando la roca mística: del río que sale de ella, un personaje que está sentado, saca un pez en el extremo de un hilo (véase la figura en el artículo *Pescador*): ésta es la imagen de la conversión de un idólatra por la virtud de la gracia que corre del costado del Salvador; más lejos, en esta misma agua divina, este mismo hombre es bautizado por un ministro que está de pié delante de él y que apoya su mano sobre la cabeza del neófito para la triple inmersión (véase la figura en el artículo *Bautismo*); á alguna distancia también, un sacer-

dote, que extiende las manos sobre un pan y un pez, consagra la Santa Eucaristía (véase la figura del artículo *Misa*); y por último, siete personajes sentados á una mesa toman parte en el festín sagrado, en el que no figuran, como anteriormente, sino el pan y el pez. Pero por más palpable que sea esta demostración, tenemos monumentos que la prueban con más certeza todavía. En primer lugar figura un fondo de copa (Boldetti, pág. 200.—Garrucci, tav. x, 9), donde se determina el personaje que golpea la roca, con el nombre mismo de Pedro, PETRVS, escrito en el campo, y también por la conformidad perfecta de la cabeza con el tipo tradicional del Príncipe de los Apóstoles. Este mismo tipo no es menos distinto en la mayor parte de las esculturas de sarcófagos donde se halla reproducido el asunto que nos ocupa.

Hay más todavía en el bajo relieve de un sarcófago magnífico y verdaderamente precioso bajo todos conceptos, monumento del siglo IV, descubierto hace poco años en San Pablo extramuros (véase este monumento en el artículo *Sarcófagos*). Se ve en primer lugar á San Pedro en el momento en que Nuestro Señor le anuncia su caída, y al mismo tiempo la oración que dirige á su Padre para que la fe de su vicario, una vez convertido, no decayera más. El gallo está á sus pies, lo que quita toda duda sobre la atribución del personaje de San Pedro. El Príncipe de los Apóstoles lleva en la mano la vara símbolo de la autoridad que se le ha confiado, y que no está nunca atribuída, en nuestros monumentos, á ningún otro Apóstol (véase también á Bottari, tav. LXXXV). Un poco mas lejos hace uso de este cetro para golpear la roca mística, de la que se ve salir agua en abundancia. Esta es la divina palabra anunciada por Pedro el día de la Pentecostés. La sinagoga se divide en dos partes: á un lado aquellos israelitas que corren con avidez á la vivificadora agua de Cristo; al otro (y esto es objeto de una tercera escena), los que, cerrando los ojos á la luz, conspiran contra Pedro, lo toman del brazo y lo arrastran delante de los tribunales de los escribas (*Act. apost.*, XII). Y aquí también tiene Pedro la vara de mando, de la que, libre ó preso, no se desprenderá ya. Esta interpretación es la del P. Marchi; en nuestro artículo *Judíos* puede verse hasta qué punto creemos poder admitirla. Allegranza (*Opusc.*, pág. 177) trae una piedra antigua cristiana muy curiosa, que presenta al Buen Pastor rodeado de doce figurillas en pie, que son los doce Apóstoles. Pues el primero de la derecha está admitido como San Pedro, por la vara que tiene en la mano.

5.º Examinando bien las representaciones del hecho milagroso, de la multiplicación de los panes, especialmente en las esculturas de los sarcófagos, debemos creer que podría reconocer la figura de San Pedro sustituída por la de San Andrés ó la de Felipe, como en el asunto precedente está puesta en lugar de Moisés.

En cuidado ha puesto la atención de monsieur De'Rossi, respecto á este asunto, un fresco de la catacumba cristiana de Alejandría, descrito hace poco por M. Wescher (*Bullet.* Agost. 1860), y donde no deja duda esta sustitución, porque el nombre de San Pedro, ΠΕΤΡΟϹ, está escrito con todas sus letras por encima de la cabeza del personaje que ofrece el pan al Salvador; el otro apóstol es San Andrés, ΑΝΔΕΑϹ.

Luego siendo la multiplicación de los panes y de los peces una de las figuras más incontestables de la Eucaristía, es evidente que la intención de los artistas, ó más bien de aquellos que los dirigían, era la de atribuir de este modo á San Pedro las primicias del sacerdocio Eucarístico, así como el fresco de San Calixto le atribuye, bajo la figura de Moisés, la primacía en cuanto á la administración del bautismo y de los demás sacramentos.

6.º Valiéndose, contra la primacía de San Pedro, de la posición respectiva que ocupan los dos Apóstoles en las diferentes clases de monumentos, ya el uno con relación al otro, ya los dos con relación á Nuestro Señor, cuando se hallan representados á sus costados, los heterodoxos han puesto á los escritores católicos en la necesidad de conceder mucha importancia á una cuestión arqueológica que ofrece poca por sí misma.

¿Era la derecha, entre los antiguos, considerada como la posición más noble; y porque San Pedro ocupa algunas veces la izquierda, hay razón para deducir que fué mirado por la primitiva Iglesia como inferior á San Pablo? Tales son las cuestiones que han ocupado á los autores más graves desde Pedro Damián (Opusc. XXXV), Santo Tomás (*Lect.* I, *in Galat.*), Durand (*Rat. div. off.*, VII, 24), Molano (*Hist. SS. imag.*, III, 24), De Marca (*De primat. Petr. Opusc.*, ap. baluz., n. 21), Alacio (*De Eclc. Occid. et Orient. consens.*, pág. 86), Mabillon (*De re diplom.*), hasta el P. Garrucci y el abate Polidori. Sin entrar en la discusión del primer punto del litigio, donde pueden sostenerse el pro y el contra, diremos, respecto al segundo, que aun cuando siempre estuviese San Pedro colocado á la izquierda, nada probaría este hecho contra su primacía, establecida por tantos otros argumentos; podría deducirse, á lo más, que los artistas se fijaban menos en las mismas pinturas que en los observadores, respecto á los cuales, lo que está á la derecha en el dibujo, se encuentra á la izquierda, y recíprocamente; y todavía esta interpretación es superflua, porque los monumentos más antiguos que poseemos (si exceptuamos el medallón de bronce reproducido más arriba (n. 4), los vasos dorados dan, casi sin excepción, la derecha á San Pedro y la izquierda á San Pablo. Más tarde es cuando, comúnmente en las sepulturas y los mosáicos, y más tarde todavía, pero constantemente, en los sellos de los Papas, se invirtió este orden (véase Mamachi, t. V, pág. 503). Difícil será suponer con seguridad en el Soberano Pontífice la intención de hacer constar su inferioridad en los sellos mismos destinados á imprimir el signo de la autenticidad á los actos de su autoridad soberana como sucesor de Pedro y vicario de Jesucristo.

Como quiera que sea, no debemos omitir aquí una ingeniosa interpretación que algunos autores han dado de esta disposición de las dos figuras (véase Cancellieri. *Le sacre teste de S. Apost. Pietro e Paolo*, pág. 87), á propósito de los bustos de los dos Apóstoles conservados en Roma. San Pablo ocupa la derecha, dicen estos intérpretes, como descendiente de la tribu de Benjamín, cuyo nombre significa *filius dextræ*. En la base del busto de San Pedro está grabado este dístico:

CEDIT. APOSTOLVS. PRINCEPS. TIBI. PAULE. VOCARIS
NAM. DEXTRÆ. NATVS. VAS. TVBA. CLARA. DEO

7.º Uno de los atributos más ordinarios de San Pedro es la cruz, y comúnmente la cruz gemada, que apoya contra su hombro izquierdo, mientras que con la mano derecha recibe de Nuestro Señor el volumen desenrollado. Este es el tipo común en los sarcófagos, las piedras sepulcrales, los mosáicos y los vasos dorados. La estatua de bronce que hemos reproducido mas arriba lleva la cruz monogramática. El atributo de la cruz alude al género de muerte de este Apóstol, y el monograma, que no es más que la abreviación del nombre de Cristo, recuerda en sus manos el poder que se le había dado de obrar milagros por la virtud de este nombre augusto. «Yo no tengo ni oro ni plata, dice al enfermo que imploraba su piedad á la puerta del templo, pero *en nombre de Jesucristo de Nazareth*, levántate y anda» (Act. III, 6). Un sarcófago de la cripta de San Maximino (véase *Monum. sur l'apost. de Ste. Madeleine.*, t. I, *col.*, 767) ofrece, en la resurrección de Tabitha, un interesante ejemplo del ejercicio de este poder del Príncipe de los Apóstoles (véase el artículo *Tabitha*).

Se enseña también en Fermo, en Italia (véase *Amico Catt.*, VII, 397), una tumba donde todos los asuntos, representados en bajo relieve, son relativos á la vida de San Pedro.

De este monumento existe una monografía del abogado Minicis, que no hemos podido procurarnos.

2. *Atributos de San Pablo.*

1.º Los monumentos antiguos colocan con mucha frecuencia detrás de la imagen de San Pablo un fénix sobre una palmera, doble emblema de resurrección, que en griego tiene el mismo nombre, φοῖνιξ. Pueden verse frecuentes ejemplos en los mosáicos (Ciampini. *Vet mon.*, II, tav. XLVII, LII), los sarcófagos (Aringhi, I, 307.—Maffei. *Veron. illustr.*, pág. III, c. III, página 57), y también sobre fondos de taza (Buon., VI, I). Esta particularidad, que casi se asemeja á una fórmula hierática, tuvo, sin duda, por objeto honrar al principal predicador de la resurrección futura (véase el artículo *Fénix*).

2.º Se cree que San Pablo lleva algunas veces, como atributo, el libro de sus epístolas. Así se le ve en un mosáico del siglo VI de Santa María *in Cosmedin*, de Rávena, pareciendo ofrecer dos volúmenes enrollados al trono del Cordero, mientras que San Pedro, al otro lado, tiene sus llaves en la mano (véase (Ciampini. *Vet mon.*, II, XXIII).

3.º El atributo de la espada, que fué el instrumento de su muerte, no se dió al Apóstol de los gentiles sino en la Edad Media. He aquí uno de los monumentos más antiguos que á nuestro juicio representa al Apóstol con

este atributo. Es un mosáico que se encontraba en el *atrium* del antiguo Vaticano, llamado *Paraíso*, encima de la tumba de Oton II, muerto en Roma en 983, después de haber restablecido en la cátedra pontificia al Papa Benedicto VII, destronado por Crescencio. El mosáico se ve hoy en las cuevas vaticanas.

PEDRO Y PABLO (Fiesta de los Santos).—Véase el artículo, *Fiestas fijas*, V, 2.º

PEDUM. (BÁCULO PASTORAL.)—En el lenguaje arqueológico, el *pedum* no es otra cosa que el báculo, atributo principal del pastor. Se le ve con frecuencia en la mano del Buen Pastor, en las numerosas representaciones de este asunto tan querido en la primitiva Iglesia. Algunas veces es una simple vara, como en un fondo de copa antiguo de la colección de Buonarruoti (tab. V, 1), porque, según la observación de San Gregorio Nacianceno (*Orat.*, XIX, XLIII), si los pastores se servían, para conducir ó reunir sus ganados, del cayado, que por esta causa estaba encorvado en uno de sus extremos, empleaban también la vara para castigar en caso necesario, y las pinturas de los cementerios nos ofrecen numerosos ejemplos de la una y del otro. Pero el bastón ó *pedum* es